

Tiempo después, por la misma plaza, paseó descalza entre la nieve Analía Gadé, vestida de monja; cada cierto tiempo entraba en la tienda de Pedrito González, a reponerse del frío con unas friegas de alcohol y un chupito de wiski; más tarde, ya sin ninguna vergüenza a salir en las cintas del cine, algunos de los que se lanzaron a esa especie de estrellato con las Troyanas, se sentaron en el Casino para salir en otra de las escenas míticas del cine español, cuando a Fernando Fernán Gómez se le ocurrió que podía ser escenario de su “*Viaje a ninguna parte*”. Y llegó Sancho Gracia, con su “*Máscara*”, que reclutó a otros tantos atencinos que se dieron cita a la espalda de Santa María; y “*Goya*”, y “*Réquiem por Granada*”, y... de la película Las troyanas, nada.

La película llegó a España veinte años después, se proyectó a través de la televisión, en horario nocturno y por la segunda cadena. Fue el lunes 19 de agosto de 1991, a las 22,30 de la noche, dentro uno de aquellos ciclos de cine, dedicado a Katharine Hepburn. Aquel día, de aquella noche, España entera pudo ver, por vez primera, la película rodada en Atienza. La mayoría de quienes la vieron coincidieron en que allí no se conocía a nadie; y que, además, era un auténtico “*rollo*”.

Lo más creíble, para que no se estrenase en España hasta tantos años después habría sido, sin duda, el régimen político que imperaba cuando se rodó. Una película que no parecía estar rodada para ser proyectada en los cines y tener éxito de taquilla. Más bien era una especie de “*película de autor*” convertida, con el pasar del tiempo, en película de culto. Algunos estudiosos de la obra de Michael Cacoyannis, y de la tragedia griega, la han definido como una *obra maestra*.

Se proyectó por vez primera en 1971 en el Festival de Cannes, fuera de concurso, desde donde algunos periodistas españoles confundieron no sólo a las actrices, también los espacios naturales en los que fue rodada. Poco después fue proyectada en los cines de Francia. Donde el recibimiento por el público, a pesar de las críticas, fue más bien frío. Desde París, y para la prensa española, fue entrevistada Katharine Hepburn, quien estaba a punto de regresar a España para un nuevo rodaje “*Viajes con mi tía*”. Más tarde sería proyectada en el Festival de Cine de Montreal.

A España llegó, por vez primera, en aquel otoño de 1971, siendo proyectada en Torremolinos, dentro de la “III Semana Internacional de Cine de Autor de Benalmádena”. Fuera de concurso, y estimada como lo que ya comenzaba a ser, una especie de obra maestra, que sólo el paso del tiempo podría juzgar. Años después todavía se preguntaban los críticos cómo pudo esquivar la censura. A partir de entonces, y hasta su proyección a través de la televisión, dentro del ciclo cinematográfico dedicado a la actriz protagonista, Katharine Hepburn, el silencio.

De entonces a hoy han pasado, prácticamente, cincuenta años. Los chiquillos que entonces participaron con diez o doce años rondan la edad de jubilación; las personas mayores, aquellas mujeres a las que no pareció importar *el qué dirán*, han muerto en su inmensa mayoría; al igual que los hombres. En el pueblo nada hay que recuerde que en el verano de 1970 Atienza, una hermosa población castellana se convirtió, por unos meses, en Troya. Una Troya que reunió a algunos de los actores y actrices más prestigiosos de cine mundial.

Una Atienza que nunca debió de olvidar a una actriz, Katharine Hepburn, que quiso que su nombre permaneciese unido a la historia de la villa a través de unas escuelas para los niños de Atienza. Unas escuelas que nunca se construyeron. Hoy el nombre de Atienza, unido a Katharine Hepburn y a la película Las Troyanas corre por el mundo.

En breve varios libros, por Guadalajara y Cataluña, principalmente, también por allende las fronteras, recogerán estas anécdotas de las que hemos ido dando cuenta con mejor o peor tino. La historia, y la memoria, continúan en ellos.